

PARA LA MISA DEL GALLO

María de la Montaña Campón

–Manuel, no me habías dicho que los chicos nos iban a dejar al cuidado de la niña. El interpelado levanta la vista de un tazón de café de puchero y parte un pedazo de pan, lo moja en el líquido humeante y se lo lleva a la boca con apremio, para que no chorree.

–Si me lo hubieras dicho, *lo recordaría* –recalca Cecilia, mientras se retira un pañuelo negro prendido al pelo blanco que dobla cuidadosamente y coloca en un cajón, encima de otros tantos exactamente iguales–. Si me lo hubieras dicho, no habría ido a misa tan temprano, que yo sé que el cura me disculpa, porque ya estoy vieja y porque sabe que a mí me encanta escuchar abrir la puerta al Gabino, sigiloso como cuando venía de pasar la noche con la cuadrilla y que, sigiloso igual, acuesta a la niña en mi cama tibia para que duerma otro ratito, hasta que la despierta el hambre o el tañer de las campanas. Ese beso que me regala el Gabino me sabe a gloria, porque él cree que no le siento, pero le siento, pues me paso desvelada desde las cinco, desvelada y nerviosa, cuando sé que van a dejarnos a la niña. Sé incluso, mira lo que te digo, si anda enfadado con la mujer, porque si va enfurruñado el beso es flojo y si va contento, lo aprieta más.

El hombre asiente sus palabras, retira en silencio la vajilla y abre el grifo para enjuagar la taza. El agua está tan fría que lastima al tocar la piel. Claro, es Nochebuena, se dice, para mañana volverá la nieve. 2

–¡Ca! –le aparta ella, arremangada– no me quites todavía el oficio. Si a una anciana le quitas la tarea, se muere, como un gorrión en una caja de zapatos. Sé que soy una antigua y que el presente es de otra manera. Ya me hubiera gustado a mí estudiar y dejar las vacas, y a ti, poder acudir a la escuela todos los días, en vez de turnarte con tus hermanos para calzar zapatos y comerte la manzana que daban de merienda, como mandaba tu madre, que entonces era más importante la manzana que la aritmética. Pero eran otros tiempos, Manuel, otros tiempos que mejor es olvidar. Ahora nuestra nieta podrá estudiar cuanto quiera y donde quiera, para eso trabajan el Gabino y nuestra nuera. Anda, para de dar vueltas por la cocina y échale un ojo a la niña que está callada, ni llora siquiera, de buena que ha salido. Arrúllala un poquito, hombre, y cántale esa nana que habla de barcos y mareas que vienen y vuelven y que nunca llegarán a regar esta tierra olvidada.

El hombre obedece cabizbajo, acuna al bebé entre sus brazos y se sienta junto a la ventana, donde apenas alumbran los rayos de un sol perezoso. Viven, desde que regresaron del campo, a la sombra de la iglesia del pueblo, y desde esa ventana se ve el devenir diario de la plaza. Oye canturrear un villancico a su mujer que sigue en la cocina, tener una criatura en casa siempre le trajo dicha. Observa el árbol artificial del ayuntamiento parpadeando todavía, las amas que se apresuran a entrar en misa y algunos escolares sin escuela que le sacan la lengua al descubrirle apostado tras el cristal.

–¡Habrase visto! ¡Qué desfachatez tiene este alcalde! ¡Pues no ha plantado una píce de carnaval para decorar la plaza! Con lo bonito que resultaba el Belén viviente, ¿recuerdas que traíamos al Gabino a verlo? Adónde nos va a llevar el despropósito, Manuel... ¡Adónde nos va a llevar! Y apártate de la ventana, a ver si nos van a aojar a la niña, que la gente de este pueblo es muy celosa y sabiendo que es hija del Gabino más, que tanta novia que decían que tenía y al final casó con una forastera. A ver bonita, a ver que yo te vea y te cambie ese pañal, y te plante un pelele bordado que seas envidia del paseo.

El hombre se incorpora con cuidado y la sigue hasta la habitación que ya no comparten. Esa pieza la ocupaba la cama matrimonial que ella heredó de sus padres, una cama de gozos, de confidencias, de abrazos infantiles en los días de asueto. Pero la tragedia, las enfermedades, las convalecencias, los insomnios, el tiempo mismo, les había llevado a separar las camas y terminar durmiendo en habitaciones enfrentadas.

–No creo que hoy sea el día adecuado para sacar a la niña, Cecilia, el sol apenas puede doblar las nubes, el suelo del paseo estará helado todavía. Cualquier caída, a nuestra edad...

–Los viejos y los niños debemos tomar el aire –asegura ella, triunfante, eufórica, con los ojos soñadores como los de antes, como los de ayer, como los de hacía un rato cuando volvió a sentirse abuela.

El hombre coge su bastón y se ajusta un sombrero. No puede evitar sonreír cuando ve al bebé coronado por un gorrito con pompón rosa.

–De acuerdo, saldremos, pero abriga bien a la niña en el cochecito, que hace frío. Y déjame por lo menos que te peine un poco, mujer.

–¡Ca! ¡Qué voy a dejar yo que me peine un hombre! Saco el pañuelo y me lo planto en la cabeza. Además, si la niña va a acaparar todas las miradas, ya verás.

En efecto, apenas las ruedas del cochecito rozan el empedrado de la plaza, decenas de ojos y oídos se intuyen tras las ventanas. Mujeres que aprovechan para echar el agua y barrer las aceras, varones que se arremolinan en la esquina de los bares, rejas chirriantes que abren los negocios. Manuel tiene la sensación de que la vida se revuelve en torno a ellos, mientras su mujer empuja el carrito parlotando, saludando y sonriendo a aquellos que conoce y a los que ya no. Un grupito de personas de toda condición los rodea, insisten en ver a la criatura que ocupa el cochecito.

–Viene muy dormida, pobrecita... –trata de negarse Manuel.

–¡Ca! ¡Qué desaborido se ha hecho este viejo! ¡Cómo no os la voy a enseñar! ¡Si es igual a mi Gabino cuando chico! –se anima la mujer a mostrarla.

El hombre busca refugio a sus temores en el cielo cubierto.

–¡Qué hermosa que es! –dice una de ellas.

–Pero... ¡Si está muy crecida! –conviene otra.

–¡Tiene la cara del Gabino pero en niña! –añade una tercera.

Manuel tapa a la criatura antes de que la locura colectiva se resquebraje:

–Pero si es el... –advierte un chiquillo asomado bajo la capota. Su madre lo aparta de la oreja y lo amonesta a escondidas.

Manuel agradece el gesto de sus vecinos con una sonrisa breve y continúa del brazo de su mujer el paseo. A los pocos minutos, el rodar del cochecito se frena de repente, al borde de la carretera, la única que sale del pueblo. Unos copos de nieve revolotean entre las ramas descalzas de los árboles, azuzadas por el viento, y la mujer tiritaba bajo el abrigo. Sus ojos se tornan tristes, su cuerpo esbelto se vuelve encogido:

–Vámonos para casa Manuel, no vaya a ser que se nos resfríe la niña y se disguste con nosotros el Gabino.

El hombre obedece, se hace cargo del carrito, la ayuda a pasar el umbral, ella parece agotada. La despoja del abrigo y le desprende el pañuelo negro del cabello blanco. La tumba sobre la cama y aguarda a que cierre los ojos. Ya puede concluir el teatrillo. Descapota el

cochecito y saca el cuerpo de madera. No puede evitar una mueca triste al quitarle el gorrito con el pompón rosa. Tocan levemente la puerta:

–Discúlpela otra vez, señor cura, desde que murió el Gabino no hemos vuelto a ver a la nieta y ya conoce usted de sus delirios –sostiene todavía en sus manos la escultura.

–No hay nada que perdonar, Manuel, si Nuestro Niño proporciona alivio, con que esté en su pesebre para la misa del Gallo... Tal vez este año vengan, tenga fe, le harían mucho bien a su esposa.

–Tal vez, señor cura, tal vez. Pero está tan lejos Alemania y es tan doloroso perder a un marido... –contesta el hombre mirando la estrella blanca que aún centellea sobre la píceca del consistorio.

El párroco vuelve a la iglesia con el Niño escondido, no hay que darle cuerda a las inquinas. Un coche forastero se cruza con él, para junto a la casa de Manuel y de él desciende una mujer rubicunda y una niña, de unos seis años, con la cara del Gabino y los ojos soñadores.